

# La cruz de nuestra modernidad

*Enrique Cantolla Bernal*

**L**a constatación de la existencia de una mentalidad paternalista y providencialista en América Latina, con sus consecuencias a nivel del ethos colectivo (bajo perfil del espíritu empresarial, débil inclinación a la autonomía y la responsabilidad individual, escasa secularización de las relaciones sociales, proclividad a las actividades estatistas y dirigistas, etcétera), llevó al empresario, historiador y sociólogo chileno, Enrique Cantolla, a preguntarse sobre la influencia de los sistemas religioso, ético y filosófico (en particular a partir de la impronta católica) en la política y la economía latinoamericanas. El resultado es el libro **La cruz de nuestra modernidad**, publicado por Ediciones Emérida, Santiago, 1993, del cual transcribimos el prólogo.

\*\*\*

ASÍ COMO CON FRECUENCIA se dice que cada hombre lleva a cuestas su propia cruz, nuestros países llevan la religiosidad hispano-católica como la cruz de su Modernidad. Como las del ser humano, sus características son únicas e irrepetibles y han determinado una modernidad difícil, no originada en los valores propios de nuestros pueblos de cultura hispánica, en los cuales sólo hemos adoptado los resultados obtenidos por ella en los hoy llamados "países desarrollados". En consecuencia, los valores que la

fundamentan, no se han podido incorporar al núcleo de nuestra cultura, por ser contrarios a su sistema de creencias.

¿Por qué nuestros países han tenido y siguen teniendo inestabilidad política, democracias frágiles y tan alta tendencia hacia el autoritarismo militar? ¿Por qué el desarrollo de nuestros sistemas económicos es escaso y lento, tenemos tantos pobres, desigualdad social e inequidad en el reparto de los bienes producidos por la economía? ¿Por qué carecemos de ciencia y tecnología autóctonas,

IV TRIMESTRE 1993

posemos filosofía premoderna y adoptamos sistemáticamente ideas, valores y modelos extranjeros? ¿Pueden corregirse estas situaciones?

La inestabilidad política y el lento y escaso desarrollo económico de nuestros países constituyen el tema central de este libro. Desde la independencia hispanoamericana, determinada por la invasión de Napoleón a España, nuestras naciones han tratado de gobernarse democráticamente, pero los resultados han oscilado entre la democracia constitucional y el caudillismo civil o militar. Desde entonces se han dictado más de ciento treinta constituciones y las revoluciones, derrocamientos, golpes de estado, pronunciamientos militares y otras anomalías políticas, se cuentan por cientos y aún por miles, clara muestra de inestabilidad política. En el caso específico de Chile, se creyó tener democracia estable hasta que el pronunciamiento militar de 1973 probó lo contrario. Como contraste, los pueblos de cultura anglosajona han tenido destacable estabilidad: Estados Unidos lleva más de 200 años gobernándose mediante su sistema democrático representativo e Inglaterra, con su peculiar sistema carente de constitución escrita, también ha sido ejemplarmente regular en su sistema político.

Mejores ingresos individuales y mayor riqueza para la sociedad constituyen el desarrollo económico. En la primera mitad del

siglo XVI, el ingreso promedio en los diversos países europeos y americanos era aproximadamente igual. Cuatro siglos más tarde, todos los habían aumentado considerablemente y algunos de ellos, en especial los anglosajones, habían conseguido cifras diez, quince o más veces superiores a los hispánicos. Nuestra pobreza es mayor que la de los países desarrollados, asunto que no sería demasiado importante si hubiéramos optado por ella deliberadamente como forma de vida por razones éticas, religiosas u otras causas. Sin embargo, no es así. Mientras nuestro sistema de creencias contiene una antinomia entre pobreza como virtud y pobreza como carencia de bienes, basta mirar a nuestro alrededor para percibir la existencia de un descontento permanente por ella, además de una tendencia sistemática a culpar a otros de nuestro subdesarrollo. "Los pobres no pueden esperar" simboliza la aspiración a que dejen de serlo bajo la responsabilidad y la ayuda de los más pudientes.

La incapacidad para obtener estabilidad política y producir ingresos económicos más altos conduce a una interrogante crucial: ¿se deberá a algún grado de inferioridad racial, a algún tipo de ineptitud política económica congénita? ¿O será un problema de identidad cultural?

Las culturas norteamericanas e hispanoamericanas provienen de Inglaterra y España y las respuestas

han de buscarse en esas fuentes. Y es en esa búsqueda donde surgió este ensayo de interpretación, que pretende comprender los efectos de los sistemas religioso, ético y filosófico, o de los "fines" a que aspiran las sociedades, sobre el desarrollo de los sistemas de los "medios" para obtenerlos, en este caso, sobre la política y la economía en las sociedades hispánica y anglosajona.

Veremos cómo en nuestros países la libertad, como la ausencia de coacción, la responsabilidad individual y la autonomía personal existen sólo en la expresión y el discurso, más como necesidad de concordancia con el paradigma dominante que como valores arraigados en el ser social. Nuestra cultura incorporó al sistema político el lenguaje y la simbología de los valores modernos de la democracia representativa, y al económico los del capitalismo de libre mercado, *pero conservó intactas las pautas tradicionales de comportamiento*. Hemos tratado de forjar un régimen político que debería haber sido, idealmente, una democracia representativa, liberal y pluralista al estilo anglosajón o basada en el constitucionalismo francés, acompañada de capitalismo competitivo de libre mercado. Sin embargo, ha resultado una democracia formal, electoralista y oligárquica, en tenaz lucha contra el corporativismo y con la tendencia implícita hacia la absolutización del poder.

En el sistema económico,

hemos adoptado un capitalismo burocratizante no competitivo, en lucha permanente con el proteccionismo mercantilista y la sospecha eclesiástica respecto de la ganancia, el dinero y las actividades económicas. Ha sido necesario reinterpretar las premisas modernas básicas para hacerlas congruentes con nuestra tradición. Es algo nuevo, de valor sólo retórico, que no penetra ni altera el núcleo de la cultura, una adaptación pseudomorfótica, de forma falsa, del lenguaje de la modernidad y el desarrollo.

Buscando antecedentes, una reflexión de Octavio Paz en *El Ogro Filantrópico* fue decisiva: "el tema de la dificultad que han experimentado y experimentan los países hispánicos y lusitanos para adoptar y adaptar los principios democráticos, debería ser el tema de los estudios históricos y sociales en América Latina, España y Portugal. No ha sido así y aunque parezca increíble, todavía no sabemos por qué las instituciones democráticas no han sido viables en la mayoría de nuestros países. Se habla mucho de nuestro subdesarrollo y en los últimos tiempos, el subdesarrollo y la dependencia se han convertido en los chivos expiatorios de todas nuestras fallas. No niego ni al subdesarrollo ni a la dependencia, pero observo que pocos se han preguntado si existe o no una relación entre ese subdesarrollo y nuestra vida política... Probablemente la pobreza de nuestra tradición científica y

filosófica tiene el mismo origen que nuestra pobre tradición democrática". Era efectivo: casi no existían estudios relativos a los temas pertinentes. Así se llegó a la decisión de estudiar y describir el desarrollo de nuestra cultura, para tratar de extraer alguna conclusión útil.

Octavio Paz se refería al liberalismo anglosajón vigente en Estados Unidos, de democracia representativa en su régimen político y capitalismo de libre mercado en el económico. Con los años, estos regímenes se han convertido en sistemas de vida; paradigmas políticos y económicos de gran parte de Occidente. La mayoría de nuestros países de cultura hispánica han tenido dificultades para establecer democracias capitalistas y siguen teniendo inestabilidad política e insuficiente y lento desarrollo económico, al compararlos con los países desarrollados, en especial con los anglosajones. ¿Cómo llegaron éstos a desarrollar regímenes políticos y económicos democráticos y capitalistas, transformándolos en modelos para gran parte del mundo occidental?

Los principios básicos del liberalismo democrático están constituidos por la soberanía del pueblo, que decide sus destinos eligiendo a sus gobernantes; por el pluralismo de grupos, programas y opciones entre los que el ciudadano puede escoger; por el principio de la mayoría, según el cual el ejercicio del poder corresponde al grupo ciudadano más numeroso;

por el respeto a las minorías, a las que la mayoría no impone su ideología; por la libertad de oposición, dentro de márgenes de orden salvaguardados por el derecho. Está fundado en la igualdad política y la libertad individual para obtener metas propias y en el respeto a las libertades fundamentales de conciencia, pensamiento, expresión, asociación, emprendimiento y otras. Es asimismo un doble sistema de poder, ejercido por el Estado sobre los gobernados, creador de un conjunto de relaciones entre los individuos, que dan a algunos de ellos mayor influencia sobre los otros. Una de sus características más relevantes es la vinculación entre democracia y capitalismo: puede hablarse de democracia liberal sólo en aquellas naciones cuyo sistema económico es primordialmente capitalista debido a que, como intentaremos demostrar, *la economía liberal es un prerrequisito de la democracia representativa*.

Liberalismo, democracia y capitalismo pasaron a constituir los cimientos de lo moderno. Desde fines de la Segunda Guerra Mundial y desde la perspectiva anglosajona, adherir a este modelo se ha transformado en una cuasi obligación, por la tendencia a considerar que, si un país no llega a ser liberal y como consecuencia, moderno, es principalmente por mala voluntad. Nuestros países no son liberales en sus raíces y por ende, tampoco son modernos en el sentido de los países ricos. Desde

la Independencia, con tenacidad encomiable, hemos intentado entrar en la Modernidad y hemos adoptado casi todos los modelos y ensayado casi todas las fórmulas, sin obtener resultados positivos.

Pero, ¿para qué ser modernos? A lo menos para conseguir estabilidad política permanente y desarrollo económico acelerado. No se ha logrado y hemos soportado un fracaso tras otro en esta infructuosa empresa. No han faltado razones y teorías para explicar esta imposibilidad y así ha nacido la del imperialismo, la de la dependencia, la doctrina del arielismo, el mito de la raza cósmica y varias otras justificaciones. Pero pocas veces hemos buscado las causas en nuestro interior.

Convivir con la Modernidad nos ha resultado difícil porque quienes la desarrollaron, lo hicieron a partir de valores ajenos a nuestra idiosincracia. Este trabajo postula que la Modernidad, en su acepción de época historia, está asentada en una notable síntesis cuya tesis está constituida básicamente por los rasgos humanos positivos, representados por la antropología subyacente a la cultura medieval. Su antítesis se conformó por un conjunto de características humanas negativas, las más relevantes de las cuales fueron individualismo, egoísmo, agresividad, competencia, propio interés y la búsqueda personal del poder, gloria, fama, influencia, riqueza.

La Reforma Protestante fue decisiva a lo menos en dos senti-

dos: al determinar que la Iglesia romana ya no tendría en el futuro la misma influencia en los asuntos temporales, como también al cambiar la forma de apreciar la búsqueda de la felicidad. Así como los antiguos habían tratado de encontrarla en la buena vida basada en la virtud y los cristianos la habían reinterpretado postulando que estaba constituida por la visión de la divinidad en la vida sobrenatural, los modernos aspiraron a la búsqueda de la felicidad en este mundo, llegando a interpretarla de diversas maneras.

La síntesis de la Modernidad significó la ruptura de algunas sociedades con el orden medieval. El desarrollo moderno se debió, en especial, a la secularización determinada por el avance de la economía. Se realizó mediante dos grandes procesos: la internalización de la responsabilidad a lo más profundo de la conciencia individual y la entronización de la libertad a todos los sistemas sociales. La libertad fue transformada, no sólo en un valor singular, sino en origen y requisito esencial de la mayoría de los valores morales.

Inglaterra fue el país de mayores cambios. España, por el contrario, mantuvo el núcleo de su cultura, constituido por creencia religiosas, valores éticos cristianos y filosofía escolástica, permaneciendo anclada en la tradición señorialista y paternalista de la Edad Media. Uno de los rasgos más relevantes de la cultura hispánica, su intenso catolicismo,

postula un hombre dañado por el pecado original, que tiende hacia el mal a menos de estar asistido por la gracia divina dispensada por la Iglesia. Este postulado ha creado una actitud pasiva en la población, que espera recibir casi todo de los señores civiles y los padres espirituales, generando una mentalidad estatista y dirigista. Pero esa mentalidad y aquella actitud no provienen sólo del hecho de ser católicos, sino principalmente de ser hispánicos. En España, las monarquías se pusieron al servicio de la religión desde la invasión de los árabes en el siglo VIII y se mantuvieron en esta misma posición hasta expulsarlos en su totalidad, cerca de ocho siglos más tarde. Cuando lo consiguieron, comenzó la tarea religiosa de evangelizar a los indígenas americanos, combatir contra los turcos infieles y los protestantes herejes. *Desde Felipe II, España se aisló, cerrándose a todo pensamiento externo y fue derrotada a mediados del siglo XVII.*

Los profundos cambios de la Modernidad desestabilizaron todo el sistema social, especialmente el religioso. Como consecuencia, se abrieron para España dos caminos posibles: adecuarse al nuevo contexto protestante, humanista y racionalista o encerrarse en sí misma, manteniendo incólume el núcleo de su cultura. Los poderes dominantes, monarquía y nobleza, clero e Iglesia, se inclinaron por la segunda opción. La Iglesia fue intransigente en mantener sus

creencias religiosas, valores éticos y doctrinas filosóficas, oponiéndose a la Modernidad, y con la Corona, continuaron detentando el poder y el control político y económico en España y América. Esta alianza mantuvo y respaldó la tradición medieval y con ella, el paternalismo y señorialismo de la sociedad.

Liberarse de la dependencia de padres y señores significó para el hombre moderno hacerse cargo de sí mismo, al internalizar la responsabilidad, probablemente el fenómeno más importante de la Edad Moderna. Tomar iniciativas y asumir responsabilidades dejó de ser tarea de los pocos dirigentes señoriales y clericales para convertirse en meta y obligación de los muchos miembros de la sociedad. El hombre comenzó a depender del nuevo señor descubierto por su responsabilidad individual, en el interior de su propia conciencia. Cada cual adquirió una fuerte dosis de disciplina personal, la que, al generalizarse, se transformó en disciplina social. La libertad invadió todos los campos; el pensamiento libre construyó nuevos sistemas filosóficos, descubrió leyes científicas y creó tecnologías, desarrolló métodos inéditos de producción industrial y comercial para llegar al capitalismo de libre mercado desde el proteccionismo mercantilista, logrando un sostenido aumento de los ingresos económicos que permitió a los países libres, llegar a la condición de "desarrollados", consiguiendo

una considerable mejoría de su calidad de vida material. La potencialidad económica contribuyó decisivamente a la evolución hacia mejores formas de relación política para llegar finalmente a la democracia representativa desde la autocracia absoluta. En resumen, creó el mundo moderno, capaz de haber avanzado en las últimas tres centurias más que en los cien siglos transcurridos desde la aldea neolítica y de haber desarrollado sus economías hasta llegar a ingresos varias veces superiores a los nuestros.

No habernos liberado del señorialismo y el paternalismo implícitos en la tradición medieval ha significado lo opuesto para los hispánicos. Las creencias religiosas, los valores éticos y las doctrinas filosóficas permanecieron inmutables; el pensamiento siguió volando al interior de los estrechos límites del revelacionismo escolástico, determinando una escasa producción científica y filosófica. Sin embargo, los sistemas de los "medios", política, economía, ciencia y arte han cambiado, pero no partiendo de valores autóctonos sino que tratando de repetir los resultados obtenidos en los países libertaristas, donde la Modernidad se impuso al haberse cambiado el núcleo de sus culturas. Así hemos logrado, con retraso, mantenernos en el espíritu de los tiempos.

La aplicación de creencias, valores y doctrinas modernas ha producido sobresalientes resultados en los sistemas democrático y

capitalista de las sociedades libres. Al adoptarlos, terminaron por llegar a ser "desarrolladas". Basadas en la libertad individual y la responsabilidad endógena, obligan a cada persona a hacerse cargo de sí misma; ejercen control social automático mediante la competencia; aceptan el pluralismo e incentivan la tolerancia y el respeto. Se han desarrollado todos los sistemas sociales por la participación, libre y responsable, de todos los miembros de la sociedad en el esfuerzo realizado en pro de cada cual.

En nuestras sociedades se produce un legítimo deseo de emulación: se adopta la libertad de la democracia sin advertir que para posibilitarla, es un prerrequisito esencial la práctica de la responsabilidad convertida en disciplina social. En nuestras democracias señorialistas, muchos votantes eligen una especie de nuevo "señor" ahora llamado Presidente, del cual dependen para la satisfacción de sus necesidades, esperando que él y su equipo de trabajo tomen las iniciativas y asuman las responsabilidades de un buen gobierno. Se espera obtener desarrollo, equidad y justicia social, incremento de la economía y recursos suficientes para mejorar remuneraciones, educación, salud y justicia; promover la ciencia y estimular el arte; mejorar la previsión, la recreación y tantas otras. No es fácil conseguir estos efectos, en especial cuando gran parte de la población espera que lo necesario

le sea "dado", de acuerdo con la mejor tradición paternalista. En muchas ocasiones se otorgan beneficios sin contar con los recursos, sobrevienen graves dificultades económicas y no se satisfacen las expectativas de la población. Cunde el desaliento y en no pocas ocasiones se termina en el desorden y a veces en el caos. Cuando llega el momento de poner orden ante el peligro de la disolución social, se recurre a la única disciplina existente: la fuerza militar. El paternalismo y señorialismo de la tradición medieval y su falta de autonomía personal, son responsables de la inestabilidad política de nuestros países, de la fragilidad de sus democracias y de su proclividad a las dictaduras militares. Nuestra débil autonomía personal, con su dificultad para tomar iniciativas individuales y asumir responsabilidades personales, es también causa principal de nuestro lento e insuficiente desarrollo económico.

Es clara la necesidad de intensificar la entronización de la autonomía personal como valor social. El gran desafío es lograrlo en nuestros países de intenso catolicismo, opuesto al individualismo por estimarlo egoísta y a la independencia personal por considerar misión suya la guía, enseñanza y santificación del hombre. Desde el Concilio de Trento hasta nuestros días, la Iglesia católica ha estado

contra la Modernidad.

Como todas las culturas, la hispánica posee ventajas y desventajas. Paradojalmente, la mayor ventaja parece ser su tenacidad: los fines que la sociedad tradicional tiene por sumo bien, siguen incólumes hasta hoy. Su mayor desventaja radica en la incapacidad para hacer funcionar adecuadamente los sistemas de los medios económicos y políticos, para conseguir los fines a los cuales aspiramos. Para vencer el subdesarrollo, la inequidad y la pobreza es necesario trabajar todos seriamente, poniendo en práctica las causas morales de la prosperidad mencionadas por Juan Pablo II en su discurso a la Cepal (1987). Es indispensable asumir los valores de la Modernidad autóctonamente, sin seguir repitiendo resultados foráneos que funcionan con dificultad entre nosotros. Por lo tanto, sería necesario reinterpretar algunas creencias para ser capaces de introducir nuevos valores, en especial, la libertad como ausencia de coacción a fin de internalizar la responsabilidad y adquirir disciplina personal y social. Avanzando en esa dirección, las causas morales de la prosperidad material podrán realizarse, para obtener finalmente y a partir de ellas, la estabilidad política, poniendo fin a la proclividad hispánica al caudillismo militar. ☺